

Santander, a seis de enero de 1888.

Desde primera hora de la mañana la abuela revoloteaba por la casa pendiente de todas las labores como si se tratara de un mariscal de campo. Y de los que mandan de verdad, de esos que no tienen necesidad de repetir las cosas dos veces. Es más, en la mayoría de las ocasiones ni tan siquiera una, ya que una simple mirada era más que suficiente para que todos la interpretasen y ejecutasen con acierto. Y lo hacía sin esforzarse, con la misma naturalidad y sencillez con la que era capaz de dominar y controlar todo y a todos, haciendo que pareciera fácil hasta lo más enrevesado.

—Por Dios, cortar la hortaliza no quiere decir que uno tenga que encontrar tronchos flotando en el plato. Todo lo contrario; hacerlo bien finito, a la paisana, para que no se note ni un mísero trocito de pimiento. Todos los días igual, con la misma cantinela —decía la abuela al pasar por la cocina mientras se oía el golpear de los cuchillos contra las tablas de madera al picar las verduras y hortalizas.

No era un día cualquiera; la actividad y la energía que se palpaban al deambular por la casa dejaban bien a las claras que se iba a celebrar un acontecimiento importante. Y yo miraba lo que estaba en gestación satisfecha y encantada, pues bien sabía quién era la culpable de todo este despliegue de medios.

—Señora, ¿cómo vestimos la mesa? —preguntó doña Brígida, el ama de llaves de la casa.

—De gala. No puede ser más que de gala. Ponga usted la mejor mantelería, la vajilla más lucida; en fin, ya sabe, quiero que todo esté impecable. Mejor si cabe que en la mejor de las ocasiones —contestó con alegría y determinación.

La vieja Honoria, ya con tantos años como mi abuela, la miraba con atención mientras estaba pendiente de que todo se desarrollara como la abuela quería. Al verlas daba la impresión de que las dos, a pesar de llevar toda la vida juntas, nunca se hubieran cansado la una de la otra.

—Hoy usted se sienta con toda la familia —le dijo mi abuela con seriedad—. Hoy no voy a consentir que me haga lo de siempre. Hoy no.

—Ya sabe usted de sobra que no. Y si se pone pesada me voy ahora mismo —le contestó Honoria, conociendo la terquedad de mi abuela que, a decir verdad, no era mucho mayor que la suya.

—¡Hágalo por la niña!

—Doña Isabel —contestó Honoria muy seria—, cada uno debe saber en esta vida el sitio que ocupa y le corresponde. Yo se lo agradezco mucho, pero fíjese lo que le digo —añadió enfatizando—, ¡ni por la niña! A pesar de lo que la adoro —finalizó mirándose, en el único gesto con el que quisieron darse por enteradas de mi presencia.

—Al menos en los postres —replicó la abuela, bajando del todo la guardia, a sabiendas de que no iba a obtener nada más.

—Eso ya sabe usted que sí. Haremos todo tal y como está planeado —dijo tras una pequeña pausa, acercándose al oído de la abuela y bajando la voz, mientras yo, a su pesar y gracias a la incipiente sordera de ambas, escuchaba todo, aunque me hiciese la tonta.

Ahí las dejé con sus cosas. Se pasaban la vida igual, cuchicheando y chinchándose, pero siempre con un gracejo que me hacía sonreír. A mí me divertía asistir a esos duelos irónicos que mantenían, pero prefería presenciarlos de oyente. Era mejor, pues si alguien osaba terciar en sus disputas se aliaban en su contra y le destrozaban jocosa y dialécticamente. Incluso a su niña, como se referían a mi persona.

Al pasar junto al despacho se abrieron las puertas y apareció mi padre, que me miró como quien mira un mueble. Tras cruzarnos, don Francisco de Paula —le pongo ese don que a él tanto le iba— prosiguió su camino como si yo no existiese; es más, como si nunca hubiera estado en la casa. Él era así y yo estaba más que acostumbrada a su desapego y a parecer una desconocida en su presencia. Fui por inercia tras sus pasos y le seguí hasta la salita, donde se encontraba acomodada mi madre.

—¿Qué tal la mañana? —preguntó mi padre sin el menor interés mientras se sentaba frente a ella.

—Aquí, ya ves, escuchando a esa mujer dar órdenes a todas horas —contestó refiriéndose con muy poca consideración a la abuela.

—Ya —le replicó con distracción mientras abría el periódico.

—Y tú tan tranquilo. Desde luego, qué cachaza tienes —le reprendió mi madre.

—Ya —volvió a decir mi padre, acostumbrado a que las reahílas de su mujer le entraran por un oído y le salieran por el otro.

Aquel diálogo de besugos resultó ser tan poco interesante que decidí refugiarme en mi cuarto y releer la última carta que mi amiga Luisita me había enviado desde Francia. Al terminar, abrí el cajón del secreter y extraje de su interior la nuez que me dio el último día de clase. Con ella sobre la mesa

comencé a escribir y no tardé en perder la noción del tiempo. No sé muy bien cuánto había pasado cuando oí golpear la puerta con los nudillos y entreabrirse.

—A comer, señorita. Es la hora.

Antes de darnos cuenta estábamos todos reunidos en el comedor azul. Eran las dos de la tarde del día de Reyes de 1888 y en aquella memorable y señalada fecha se celebraba mi cumpleaños. La mesa daba gloria verla; estaba vestida como en las grandes ocasiones, con una mantelería de hilo bordada a mano y a su alrededor y junto a mí se encontraban mis padres, don Francisco de Paula y doña Eufrasia; mis tíos, doña Eusebia y don Daniel, y mi abuela, doña Isabel. Ella, desde su nimia fisonomía, poseía una presencia imponente y aunque parezca contradictorio, debido a su pequeñez y delgadez, era muy difícil sustraerse a su personalidad. Estaba, por supuesto y como no podía ser menos, sentada en la cabecera, presidiendo el festejo.

Desde que amaneció había notado a la abuela pletórica; quisiera pensar que por el orgullo que le producía verme allí tan mayor y celebrando mis quince años. Aunque esté un poco feo que yo lo diga, creo que estaba muy satisfecha de su nieta; claro está, dentro de lo comedida que era ella para expresar estados de ánimo. Lo que ocurre es que yo la conocía muy bien, mejor de lo que ella pensaba, y a mí no me engañaba con sus triquiñuelas para aparentar normalidad.

—Nunca debemos excedernos en nada, Elvirita. Recuerda a Horacio: «Aurea mediocritas». Es de mal gusto salirse de tono y no adecuarse al papel que nos otorga la dulce medianía. No hay nada peor que hacerse notar en demasía, sobre todo en esos momentos en que la discreción debe ser una seña de identidad —me decía en todas aquellas ocasiones en que tocaba exteriorizar algo en público, ya fueran unos aplausos o un pésame, tanto daba.

Hoy la abuela, como en todos los grandes acontecimientos, había mandado poner la vajilla de Limoges, una preciosidad de porcelana blanca con una fina cenefa verde recorriendo el borde de todos los servicios. Esa era la señal inequívoca de que este cumpleaños merecía algo más que los celebrados en ocasiones anteriores.

—Quince años solo se cumplen una vez en la vida. La edad de la niña bonita —llevaba diciendo varios días a quien quisiera oírlo.

Todo lo que se refiere a mi abuela va a sonar quizás a panegírico folletinesco, pero yo así lo veo. Es una mujer devota de las tradiciones, claro que de las suyas, las generales no le importan gran cosa. Y una de esas tradiciones, de esos detalles como ella decía, que jamás alteraba en su santa casa, era que de la cocina saliesen siempre y en cualquier circunstancia tres clases distintas de sopa. En eso era irreductible y tajante, se celebrara lo que se celebrara, comiera sola o viniera el mismísimo rey a compartir sus viandas, fuera invierno o verano, fuera un día de diario o festivo. Allí, de primer plato, todos sabíamos lo que había. Así que aquel día, al igual que siempre, ya estaba en su sopera la clásica de gallina, que tan bien sentaba en los días más crudos y desapacibles; ahora bien, también había y se podía escoger una deliciosa cremita, que entraba con facilidad por los ojos debido a su sugerente tonalidad, que tiraba a tostado, y finalmente también se podía optar por la de verduritas. Yo aquel día me decidí por mi favorita, por la de crema, hecha a base de caldo de gallina, harina y no sé qué más ingredientes, pero que siempre iba rematada con unos buñuelos que me volvían loca. Tras la calentita y reconfortante sopa pasamos al pescado, una merluza al horno, rellena con huevo y gambas, en salsa de *champagne*. Y para rematar, como es de rigor, acabamos con una carne exquisita, un buen solomillo a la plancha con pimientos de